

# Entrevista a Nelson Manrique

## Interview with Nelson Manrique

PAULO DRINOT

*University College London*

paulo.drinot@ucl.ac.uk

<https://orcid.org/0000-0003-3717-1383>

---

### RESUMEN

*En esta entrevista, realizada en junio del 2023, los historiadores Paulo Drinot y Nelson Manrique conversan sobre la biografía, la producción historiográfica, la militancia política, la docencia universitaria, y la labor periodística, del segundo. La entrevista abre una ventana sobre la vida y obra de uno de los intelectuales más importantes e influyentes en el Perú de la segunda mitad del siglo XX y comienzos del siglo XXI.*

*Palabras clave:* Nelson Manrique, historiografía, biografía, izquierda peruana.

### ABSTRACT

*In this interview, conducted in June 2023, historians Paulo Drinot and Nelson Manrique discuss the latter's biography, historiographical production, political activism, university teaching and journalistic work. The interview opens a window on the life and work of one of the most important and influential intellectuals in Peru in the second half of the twentieth century and the beginning of the twenty-first century.*

*Keywords:* Nelson Manrique, Historiography, Biography, the Peruvian Left.



Nelson Manrique (Foto: Marilyn Céspedes, 2024)

Nelson Manrique (Huancayo, 1947) es uno de los historiadores y sociólogos peruanos más importantes de la segunda mitad del siglo XX y comienzos del XXI. Doctor en Historia y Civilizaciones por la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París, es autor de numerosos libros, entre ellos el clásico *Campesinado y nación. Las guerrillas indígenas en la guerra con Chile*, publicado originalmente en 1981 y reeditado en el 2022. Su obra ha abordado una variedad de temas, desde la historia regional y el desarrollo del capitalismo, la historia del racismo y la exclusión, la violencia política y el conflicto armado interno, y el internet y las redes sociales. Fue profesor de la Pontificia Universidad Católica del Perú por treinta y siete años hasta su jubilación en el 2022, y miembro y director de SUR-Casa de estudios del socialismo, un colectivo de izquierda que publicó la revista *Márgenes*, un referente de la producción intelectual en el país. Columnista de diarios como *La República* y *Perú21*, ha cumplido un papel destacado como uno de los intelectuales públicos más influyentes y respetados en el país.

[Paulo Drinot] *¿Qué nos puedes contar de tus antepasados, tu familia y de la memoria familiar?*

[Nelson Manrique] Mi padre es de una ciudad de Huancavelica, Lircay, capital de la provincia de Angaraes. Mi madre nació en Huanta, Ayacucho. Se conocieron en Lircay. Se casaron y tuvieron once hijos, de los cuales sobrevivieron seis. Inicialmente, mi padre trabajaba en transporte en una mina. Era un trabajo muy duro. Murieron varios de mis primeros hermanos en ese periodo. Posteriormente, la familia se trasladó a Huancayo. Era sobre todo por la expectativa de mi madre de darnos oportunidades educativas. Mi padre llegó a tener una buena posición económica. Vivíamos en una casa amplia, con las necesidades cubiertas. Mi padre y mi madre hablaban perfectamente quechua, porque en Ayacucho y Huancavelica el quechua era muy fuerte. De los seis hermanos, el mayor hablaba quechua perfectamente. Los dos segundos entendían algo y los de la migración a Huancayo ya no sabíamos nada.

Nací en Huancayo y soy el último de los hermanos. Había una cierta distancia con los hermanos mayores, así que la infancia fue más bien solitaria. Quizás eso me indujo a la lectura. Fui un lector voraz desde muy pequeño. No había muchos libros en casa, pero me las arreglé para leer, encontré la biblioteca de un tío que era muy rica: Verne, Dumas, Salgari, formidable para un niño. Estudié la primaria y la secundaria en Huancayo y a los dieciséis años viajé a Lima para postular a la carrera de Agronomía. Por el lado de mi padre, su nombre completo es Amador Manrique de Lara Lozano. De la familia Manrique de Lara, el referente más antiguo que tengo es el de mi bisabuelo Rudecindo Manrique de Lara, que combatió en las guerrillas contra la ocupación chilena. Mi bisabuelo materno se llamaba Santiago Merino, y era natural de Cajamarca. La bisabuela era arequipeña, Rosalía del Carpio. Se conocieron en Huacho. El bisabuelo secuestró a la bisabuela. Una de sus hijas, Isabel, fue la madre de mi madre; mi abuela. Básicamente, fue un encuentro entre migrantes de Cajamarca, por un lado, y Arequipa, por el otro. El interés por la minería llevó al bisabuelo Santiago a irse a Lircay, donde terminaron estableciéndose y donde nació mi padre. No hizo fortuna, no le fue bien como minero.

[P.D.] *¿Como fue tu experiencia en el colegio?*

[N.M.] En Huancayo recibí una buena educación. Fue un periodo de oro para la educación pública. Odría impulsó la creación de las grandes unidades escolares. Fue un intento de masificación de la educación. Mi esposa, Natty Vallier, es limeña y estudiaba en un colegio privado, para gente acomodada. Ella recuerda que cuando terminaba el año, después de los exámenes finales, tenían que dar un examen con un jurado de profesores de los colegios públicos, para ser aprobados. Es decir, se consideraba que la educación pública era superior a la privada. Puedo testimoniar que fue una buena educación.

Sucedían cosas interesantes en Huancayo en el periodo. Cuando a los diecisiete años ingresé a la Universidad Nacional Agraria, en Lima —cursaba el primer semestre— salió la noticia del inicio de las acciones guerrilleras del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) en la región central. Dos estudiantes, uno del Santa Isabel y otro del Salesianos, Máximo Lazo Orrego y Froylán Herrera, estudiantes secundarios, eran integrantes de la guerrilla y murieron en el alzamiento. No fui amigo de ellos, pero los conocía de vista. Esto se encadenaba con una remembranza familiar. Mi padre fue aprista, aprista juvenil. Estuvo metido en un intento revolucionario en 1934 y participó en la toma del ferrocarril en Huancavelica. Guardó prisión por eso y hasta su muerte fue un aprista convencido, de esos apristas de corazón. Mi hermano Lucho, nueve años mayor que yo, había migrado a Lima a estudiar Agronomía. Se politizó y terminó militando en el Partido Comunista. Cuando él estaba de vacaciones en Huancayo, había duras polémicas y peleas entre mi hermano y mi padre. Esa fue mi aproximación inicial más clara a lo político. Era una época de movilizaciones políticas interesantes también. Para la caída de Odría, en 1955, se recuerda las movilizaciones que hubo en Arequipa, pero también hubo grandes movilizaciones en Huancayo. Hay un parque que tiene de nombre 14 y 15 de junio, que rememora la muerte de huancaínos en las movilizaciones contra Odría. Detrás de esas movilizaciones estaba el APRA. ¿Por qué no opté por el APRA? Me convenció mucho más mi hermano. Cuando ingresé a la Universidad Agraria, me establecí como alumno residente. Nadie me preguntó mi

posición, porque todo el mundo daba por supuesto que si era hermano de Lucho Manrique tenía que ser izquierdista. Así que me incorpore naturalmente a la izquierda.

[P.D.] *¿Por qué escogiste estudiar en la Universidad Agraria?*

[N.M.] Dos razones: una inmediata es que admiraba mucho a mi hermano y él estudiaba Agronomía. Eso era más afectivo. Al nivel racional, creía que el problema del mundo era el hambre y que se solucionaría elevando la producción agraria. Al final del primer semestre de la universidad, me di cuenta de que eso no era así, la cuestión no era técnica sino política; el problema no estaba en la producción sino en la distribución de la riqueza, y entonces me incorporé a la izquierda universitaria. Hice los tres primeros años de Agronomía, pero la carrera de Ciencias Sociales, que acababa de inaugurarse en la Agraria, era muy tentadora. Había sido recién fundada y había jalado a un excelente grupo de profesores. Estaban José María Arguedas, Alfredo Torero, Francisco Carrillo, Javier Sologuren, Aníbal Quijano, y Rodrigo Montoya. Y en realidad al tercer año ya estudiaba más cursos electivos de Ciencias Sociales, así que finalmente opté por entrar directamente a Sociología.

[P.D.] *¿Qué recuerdas de tus profesores? ¿Qué tipo de relación tuviste con ellos?*

[N.M.] Yo diría que fue un momento excepcional debido a las características de la Agraria. Primero, la Lima de los años 1960 era un espacio fuertemente rural. Si uno cruzaba la línea del tranvía, lo que actualmente es la Vía Expresa, yendo por la avenida Javier Prado, que llevaba a La Molina, estaba rodeado de campos de algodón y de maíz. La Agraria era un enclave en un mar de haciendas y chacras, una zona totalmente rural. Por lo tanto, ir a la Agraria era salir físicamente de Lima. No era un sitio al cual se iba por un rato para luego volver. Quienes iban a la universidad iban a pasar el día. Yo vivía en la residencia estudiantil, en el campus. Eso era propicio a la creación de una real comunidad académica; una comunidad, físicamente hablando, con los profesores, todos reunidos, viviendo en un sitio, compartiendo horas diarias. De tal manera que, aparte de las clases, era muy frecuente la tertulia con los profesores, reunirse, tomar un café, intercambiar con ellos. En segundo

lugar, la Agraria era una suma de contradicciones. Ciencias Sociales de la Agraria fue parte del proyecto norteamericano de reforma universitaria, de la cual salieron una serie de innovaciones que han permanecido: la departamentalización, el currículum flexible y otros. La universidad se construyó sobre la plantilla de algunas universidades norteamericanas. Nos dimos cuenta de eso cuando se produjo el primer terremoto y se vinieron abajo las nuevas aulas, que estaban equipadas para soportar huracanes, pero no para resistir terremotos. Era un proyecto muy avanzado en ese momento, pero estaba enclavado sobre una hacienda colonial. La Molina había sido una hacienda colonial que funcionaba con esclavos, y siendo universidad guardaba mucho de la estructura de la hacienda tradicional. Había una población de unos tres mil trabajadores migrantes serranos. Muchos provenían de unas pocas comunidades de Ayacucho que tenían una especie de red clientelar que iba proveyendo permanentemente nuevos trabajadores migrantes. Los trabajadores vivían en rancherías, tenían tienda de raya, es decir, la venta al fiado, la organización de cuadrillas con capataces y todo. Era una hacienda tradicional conviviendo con una universidad moderna. Y, siendo estudiante residente, compartía el mundo académico de la universidad y el mundo de los trabajadores. Lo cual era una dinámica muy particular, muy rica, muy interesante.

[P.D.] *Si entiendo bien, el perfil del estudiante también era bastante variado. Por un lado, estaban los hijos de los terratenientes y los hacendados y, por otro, estudiantes como tú, de otros estratos sociales.*

[N.M.] Sí, era otra fuente de contradicciones en la Agraria. La universidad fue creada originalmente como escuela de Agronomía en el año 1902, y su objetivo era preparar, por una parte, a los técnicos que administrarían las haciendas y, por otra parte, a los hijos de los terratenientes para manejarlas. Era muy cerrada, pero en los años 1960, por el periodo en que yo ingreso, la universidad se había ampliado, acogiendo estudiantes que no proveníamos del circuito terrateniente oligárquico. El año 1965, cuando ingresé, fue el año en que la izquierda ganó la federación de estudiantes. Era un momento crítico, la crisis final del orden oligárquico. Si se trataba de lucha de clases, no era necesario leer a Marx,

sino simplemente vivir en la Agraria para experimentarla en vivo y en directo, incluso con enfrentamientos físicos. Así que las contradicciones estaban ahí visibles.

[P.D.] *En la Agraria empiezas a militar en la izquierda. ¿Qué nos puedes contar de esa experiencia?*

[N.M.] Bueno, normalmente se habla del gobierno de Velasco Alvarado como la dictadura que terminó con el gobierno democrático de Belaunde. Pero es una imagen que distorsiona mucho. Con Belaunde existía una forma de represión interiorizada, institucionalizada, que, por ejemplo, impedía a los peruanos viajar a países de la órbita socialista. Los pasaportes tenían un sello que indicaba a qué país estaba prohibido ir. Se censuraban los libros. Se llegó a la ridiculez de confiscar el disco *Natalie*, la canción de Gilbert Bécaud porque no se sabía de qué trataba. Era en francés. Y lo que narraba era la historia de amor de un joven turista francés que conoce a una guía en Moscú y tienen un romance. Pero bastaba que se aludiera a Moscú para que apareciese como algo sospechoso de ser de izquierda, y para que fuese liquidado. El más importante librero de la época, Juan Mejía Baca, denunció la quema de libros en la aduana. El gobierno lo negó y Mejía Beca publicó un libro con las pruebas. Nosotros nos sentíamos marxistas solo por identificación afectiva, porque los libros de Marx estaban prohibidos. Un amigo encontró en la biblioteca de su abuelo un ejemplar de una vieja edición de *El dieciocho brumario de Louis Bonaparte* y de inmediato se armó una lista de espera para poder leerlo; una lista de un semestre, de gente esperando para poder leerlo. Por contraste, en el gobierno militar de Juan Velasco Alvarado, se abrieron relaciones diplomáticas con todo el mundo y se quitaron las restricciones que impedían a los peruanos ir a los países del bloque socialista. El Perú se integró al movimiento de los No Alineados. Los libros de toda índole ingresaban libremente. Marx, Engels, Lenin y Mao se compraban en los quioscos y en los suelos. Había mucha más libertad de opinión, de pensamiento, que la que existió durante el gobierno democrático de Belaunde. Entonces, bajo Belaunde la identificación con la izquierda era más emocional. No había medios para desarrollarla. Con decirte

que el primer libro sobre el marxismo que leí fue el texto de Althusser, *Pour Marx*, en la versión española, *La revolución teórica de Marx*, que era la peor manera de tratar de entender algo acerca de Marx. Pero era lo que se disponía. En realidad, es solo después de 1968, después de la instalación de la Junta Militar, que vemos que se abre la posibilidad de poder estudiar en serio, de tomar en serio, a la izquierda y el marxismo.

[P.D.] *¿Este estudio del marxismo lo hacían dentro de los cursos o independientemente de los cursos?*

[N.M.] Independientemente de los cursos, y llegó un momento en que los profesores, formados básicamente en la escuela estructural-funcionalista, ya no se atrevían a dictar cursos, sino que acogían que armásemos talleres para discutir. Y más que la formación, digamos, formal, influyó en mi preparación la amistad con Alfredo Torero, un gran lingüista y muy buen conocedor del marxismo. Llegó un momento en el que ya no me preocupaba por los cursos formales dictados en la clase sino por las bibliografías que armaba con Alfredo, por la discusión, y, bueno, mi formación de historiador empezó en este periodo y en el interés de conocer con la voluntad de cambiar las cosas. Tratar de entender la realidad para hacer posible una revolución. Era una lectura, digamos, orientada, no una lectura gratuita ni propiamente académica.

Cuando se promulgó la ley de reforma agraria [en 1969], inicialmente Velasco invitó a los universitarios a salir al campo a impulsar la reforma. En la Agraria, hubo un acuerdo de la izquierda y organizamos cursos de capacitación en cooperativismo, en organización, etc., para salir al campo. Había unos seiscientos estudiantes matriculados, buena parte estudiantes de la Universidad Católica, preparándose para salir al campo. Pero en vísperas de la fecha en que teníamos que salir, una organización, Vanguardia Revolucionaria, decidió que no se salía, que había que defender la universidad. Al final de los seiscientos, salimos siete. Me fui a trabajar a Piura, a la colonización San Lorenzo. Era una nueva irrigación en la que habían quedado marginados una importante cantidad de trabajadores, de campesinos pobres, los llamados «precarios», que no habían querido inscribirse en las cooperativas que se estaban



creando porque creyeron la propaganda de los terratenientes, que les decían que con la cooperativa del Estado iba a ser su dueño y se iba a llevar a sus hijos. Cuando empezó a implementarse la reforma agraria y vieron que no era así, ya era tarde, estaban marginados y había que ver cómo incorporarlos a la colonización. Fue en ese ambiente donde entré a trabajar en un centro de capacitación cooperativa. Después de unos meses de ese trabajo, me incorporé a un equipo que recorrió la costa norte, los complejos agroindustriales azucareros, recogiendo testimonios de los trabajadores, tomando el pulso sobre cuáles eran sus expectativas, cuáles eran sus experiencias. Fue un trabajo muy rico. Desgraciadamente, ese material, como mucho otro producido para la reforma agraria, simplemente no vio la luz, desapareció, se perdió. Pero fue un contacto de primera mano con la realidad rural, por lo menos costeña.

[P.D.] *¿Como se vivió el gobierno militar de Velasco en la universidad?*

[N.M.] Yo diría que hubo un malentendido entre la junta militar y los universitarios. Velasco adoptó medidas antiestudiantiles, antiuniversidad. Se desconoció el tercio estudiantil y otras conquistas, se intentó la intervención del gobierno en las universidades, etc. Guillermo Thorndike dice que eso fue impulsado por los militantes de la Democracia Cristiana, que creían que, si se lograba destruir a la izquierda, ellos podrían crecer en las universidades. Pero lo cierto es que esta relación particular con los universitarios, muy diferente de la que se siguió con los trabajadores, con los campesinos, y con los obreros, alimentó los prejuicios que ya teníamos. Históricamente, las Fuerzas Armadas fueron el sostén de la oligarquía. El propio Velasco lo dijo en un discurso: «las Fuerzas Armadas fueron el perro guardián de la oligarquía». Entonces, militares que hacían reformas eran sospechosos. Las reformas o estaban equivocadas, eran insuficientes, o eran una trampa. La izquierda en general, y la izquierda en la que milité, estuvo en contra de la junta de gobierno. Visto retrospectivamente fue un error. Pero, en el contexto, parecía la opción natural.

Ahora, ¿qué pasaba con la izquierda? Hacia fines de los años sesenta, había una crisis política muy profunda en el país, que llevó a una crisis de representación. Se suceden una serie de conflictos que terminaron

con la caída de Belaunde. Los militares habían desarrollado una doctrina de seguridad nacional, a partir de la organización del Centro de Altos Estudios Militares, el CAEM, un centro de formación de oficiales, al cual se incorporaron profesionales civiles que elaboraron una doctrina de seguridad nacional que, haciendo un balance de los defectos del país, de sus limitaciones, concluía que el principal problema era la falta de integración nacional. Concretamente, se leyó la guerra con Chile desde el cristal de que fue la falta de integración nacional lo que llevó a la derrota y, por lo tanto, la piedra angular de la seguridad tenía que ser la integración nacional. ¿Pero qué se oponía a la integración nacional? La desigualdad, la discriminación, la explotación. Y, por lo tanto, el requisito de la integración nacional era el desarrollo. Esa es la semilla de las opciones desarrollistas que van a aparecer en el programa de la junta militar de gobierno.

Una década antes, a mitad de los años cincuenta, se configuró el escenario político que va a marcar el siguiente medio siglo. Por un lado, termina el último gobierno militar tradicional, el de Odría. La presión por la democratización lleva a la apertura electoral de 1956, en que había tres campos claramente delimitados: a la izquierda el Partido Comunista y pequeños grupos disidentes, al centro, la Democracia Cristiana y Acción Popular, y a la derecha, la oligarquía, articulada en torno a la Unión Nacional Odrísta, y el APRA. Estos bloques se van a fragmentar. En el caso de la izquierda, por una parte, el Partido Comunista oficial se dividió el año 1964, como consecuencia de la ruptura del campo socialista. Entonces aparece una fracción pro-Partido Comunista de la Unión Soviética, los prosoviéticos, y el bloque maoísta, los prochinos. Uno publicaba el periódico *Unidad*, los moscovitas, y, el otro, el periódico *Bandera Roja*, los maoístas. Pero, aparte, aparecen nuevas fuerzas que vienen de las disidencias del APRA: un grupo de jóvenes apristas termina siendo expulsado en 1959 del partido y organiza inicialmente el denominado APRA Rebelde, que tiene un proceso de radicalización a partir de su contacto con la revolución cubana y, dos años después, se transforma en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, se declara marxista y proclama que se propone tomar el poder por la vía armada, por la guerra de guerrillas. Un hecho que facilitó esta evolución

fue que Hilda Gadea, una aprista exiliada en Guatemala, en tiempos de Odría, era la primera esposa del Che Guevara, y se incorporó al APRA Rebelde. Otro grupo provino de una disidencia del Partido Comunista, que formó el Ejército de Liberación Nacional ELN. Ambos partidos se lanzaron a la lucha armada en 1965.

Ese año, ingresé a la universidad. Todo estaba muy fuertemente marcado por el impacto de la revolución cubana. En la universidad apoyé al MIR. No era militante, pero apoyaba como otros estudiantes universitarios en propaganda, en la colocación de bonos, etc. Ese movimiento fue derrotado muy rápidamente, en un semestre. Fueron aplastadas las guerrillas y lo que siguió fue una cadena de fraccionamientos de la izquierda. Una semana antes del inicio de las acciones de la guerrilla del MIR (que se produjo el 9 de junio de 1965), se fundó el partido Vanguardia Revolucionaria, que va a ser el más gravitante dentro de la llamada Nueva Izquierda y que tenía dos vertientes principales de influencia en el momento. Por un lado, la vertiente que estaba por una revolución al estilo cubano, a través de la guerra de guerrillas y la toma de poder por una guerra popular del campo a la ciudad y, por otro lado, la corriente trotskista. En eso tuvo un papel muy importante un cuadro trotskista, Ricardo Napurí, formado en Buenos Aires, que ingresó inicialmente al MIR y que salió en 1964. Una salida con dos versiones, una que fue expulsado y otra que renunció. Pero es muy claro que Napurí, al impulsar la organización de Vanguardia Revolucionaria, quería disputar el espacio con el MIR. Derrotado este, Vanguardia continúa con una prédica en que la lucha armada era una cuestión central. Afirmaban que su diferencia con el MIR era que ellos consideraban que, para iniciar la guerra de guerrillas, había que construir un «mínimo de partido». Por otra parte, estaban los sobrevivientes del MIR (toda la dirección histórica del MIR murió en combate), algunos jóvenes cuadros que no formaron parte de la guerrilla o bien algún viejo dirigente como Gonzalo Fernández Gasco, que se hizo maoísta e impulsó una escisión maoísta. En 1966, el MIR se divide en el MIR Histórico y el MIR Cuarta Época, maoísta, y en los años siguientes, cada uno de estos partidos va a tener nuevas escisiones y subescisiones.

Cuando ingresé a la militancia en 1970, la corriente del MIR Histórico se estaba rompiendo en tres, y tras de esos tres van a continuar las escisiones. Ricardo Letts publicó un libro sobre la izquierda en el Perú en el que identificó una veintena de organizaciones de izquierda. Yo hice un censo en 1973 y encontré cincuenta y tres organizaciones, con comité central, programa, y la convicción de ser el partido de la revolución peruana. Era una izquierda con una enorme mística, que creía realmente en lo que hacía, pero con muy poco sentido realista y con ningún sentido de la proporción en términos de la fuerza real que tenía y los objetivos que se proponía.

[P.D.] *Publicas tu primer libro Campesinado y nación en 1981. Es uno de los clásicos de las ciencias sociales peruanas y ha sido reeditado recientemente. En tu respuesta a una pregunta anterior, mencionaste que uno de tus antepasados había peleado en la resistencia en la Guerra con Chile. ¿Esa es una de las razones que te llevó a trabajar este tema?*

[N.M.] No. Llegué al tema de una manera más bien casual. Y tiene que ver con cómo me incorporé la universidad. Yo egresé en 1972 y opté por la militancia. Mientras tanto, mis compañeros de generación, varios de ellos, los más brillantes, salieron a continuar su formación en el extranjero. Estoy pensando en Alberto Flores Galindo, Gonzalo Portocarrero y otros. Yo estaba completamente metido en la militancia, alejado de la actividad académica. De repente, alguien recogió la noticia de que había becas para estudiar el posgrado en la Católica. Y el partido en el que militaba, el MIR, decidió que debía postular, porque era una manera de conseguir fondos para el partido. Y es así como volví a la universidad. Ya tenía una cierta formación en el marxismo, que me facilitó mucho la incorporación al trabajo académico. Ingresé al posgrado de Sociología, no de Historia. Inicialmente, mi tesis iba a ser una tesis convencional de sociología rural. Me proponía estudiar las sociedades ganaderas que se formaron a comienzos del siglo XX en la sierra central, bajo control de las familias de la oligarquía limeña, y que luego formaron las Sociedades Agrícolas de Interés Social SAIS creadas por la junta militar de gobierno, Pero descubrí que un amigo ya estaba trabajando el tema. Tenía que

buscar algún otro tema, y mi director de tesis, Alberto (Tito) Flores Galindo, me propuso: «¿por qué no intentas averiguar algo sobre los orígenes de las sociedades ganaderas del centro?». Me pareció una buena idea. Empecé a trabajar el siglo XIX. Concebí entonces un proyecto de investigación sobre el desarrollo del mercado interno en la sierra central. Comencé a trabajarlo y un capítulo que parecía muy importante, de acuerdo con lo que mostraban las fuentes, era la guerra con Chile, como un momento de quiebre, de colapso, de la economía regional. Me fui metiendo más y más en el tema del impacto de la guerra con Chile, que iba bastante más allá de la economía en la región, hasta que Tito me hizo notar que ya estaba haciendo otra investigación. Y tenía razón. Bueno, entonces decidí centrarme en el campesinado y la guerra y dejar para más adelante el libro sobre el mercado interno. El año 87, publiqué el libro sobre el mercado interno. Pero en el camino salió el estudio que terminó en el libro *Campesinado y nación*.

[P.D.] *Tito Flores Galindo fue tu asesor de tesis, entonces. ¿Cómo fue esa experiencia?*

[N.M.] Tito acababa de regresar de Europa. Estaba cargado de nuevas lecturas, de nuevos autores, nuevos temas de debate. Cuando yo entré a la maestría, Tito entraba a enseñar y consiguió una invitación para su maestro, Ruggiero Romano. Tuvimos a Romano un mes en Lima. Tito insistió mucho en ponerme en contacto con Ruggiero y diría que entre los dos me hicieron historiador, en ese mes que Ruggiero permaneció en Lima.

[P.D.] *Entre 1984 y 1988, publicaste tres libros, Colonialismo y pobreza campesina. Caylloma y el Valle del Colca siglos XVI-XX, Mercado interno y región, 1820-1930, y Yawar mayu. Sociedades terratenientes serranas 1884-1910. Los tres libros comparten cierta problemática. ¿Qué motivó este enfoque de investigación? ¿Cómo explicas esta alta productividad (tres libros en cuatro años)?*

[N.M.] Bueno, hay que entrar un poco a la estrategia institucional de la investigación en el Perú, donde no existe carrera de investigador y, por lo tanto, el trabajo de investigación está supeditado a algún otro

trabajo que justifique tu existencia con metas que no son las de la investigación. Los tres libros que mencionas los elaboré trabajando en DESCO, Centro de Estudios de Promoción del Desarrollo, una ONG que trabaja sobre temas de desarrollo. Inicialmente, era responsable del área de investigación de la división agraria de DESCO. Cada vez tenía que ingeniármelas para justificar de alguna manera los textos que estaba haciendo. Una cosa que favoreció eso, que fue providencial para mí, fue que Henry Pease era director de DESCO. Era una persona que tenía una visión amplia y que pretendía convertir a DESCO en una institución de promoción, pero que al mismo tiempo fuese un referente importante en la investigación. El primer libro, *Colonialismo y pobreza campesina*, lo hice cuando se iniciaba un proyecto de promoción campesina en Caylloma. No fue difícil convencerles de que un libro que recogiera la historia, la experiencia campesina, en la región iba a ser importante y efectivamente así fue. Eso legitimó mi espacio de investigación. *Mercado interno y región* lo hice con una beca de CLACSO. Pesó mucho la publicación del libro anterior, obviamente, para que consiguiera los recursos. Y luego *Yawar mayu* lo hice con apoyo del Instituto Francés de Estudios Andinos.

[P.D.] *¿Cuál fue la recepción de los cuatro libros de los que hemos hablado hasta ahora? ¿Hubo interés más allá de los circuitos académicos?*

[N.M.] Yo diría que hubo un gran silencio. Esperaba críticas, reseñas. No hubo nada de eso. En el Perú no existe, desgraciadamente, tradición de debate académico. Hubo mucho más el reconocimiento en el exterior que al interior.

[P.D.] *¿Puedes hablarnos de tu método de investigación?*

[N.M.] Como habrás notado, no tengo ninguna formación académica como historiador y, obviamente, era un problema cómo iba a desarrollar el trabajo. Tuve la suerte de que cuando empecé a trabajar los materiales en el Archivo del Fuero Agrario, me encontré con Florencia Mallon, que venía haciendo su tesis sobre el campesinado de la región central. Nos hicimos amigos y decidimos trabajar juntos y compartir nuestras fichas de investigación. Y con Florencia aprendí la forma de fichar y de organizar la investigación. Entonces aprendí sobre el terreno. Aprendí haciéndolo.

[P.D.] *Suele ser la mejor manera de aprender.*

[N.M.] Sí. Ahora, diría que mi marco analítico es eminentemente marxista. Y para eso la militancia me había preparado. Dedicué mis años en la militancia a tratar de entender lo que estaba pasando con el país. Y sin saberlo, estaba dotando de una dimensión histórica a mi reflexión y a mi formación. Entonces, tenía esa ventaja de entrada para saber qué hacer con el material empírico que iba recogiendo.

[P.D.] *Ahora, si bien el marco analítico que utilizas en tus investigaciones tiene una base marxista, no es ese marxismo dogmáticamente materialista que ve todo como determinado por la infraestructura. Desde el primer libro, es muy claro que tienes interés por resaltar lo que hoy llamaríamos la agencia de los actores históricos. Entonces, ¿cuál fue el marxismo que influyó en tu comprensión de las fuentes que estabas trabajando? Hay, creo, elementos ahí de una lectura de Mariátegui y de Gramsci.*

[N.M.] Diría que más importante es Mariátegui. Influye mucho, no solo por su método, sino porque alude a una realidad que es la que heredamos. Gramsci viene después y también tiene un impacto muy fuerte. Pero quizás la fuente principal es Marx. Cuando entré al postgrado en la Católica, teníamos un curso de teoría sociológica que en buena cuenta era una lectura del primer tomo de *El Capital*. Gonzalo Portocarrero desarrolló un muy buen curso. En ese momento, él era marxista, o estudiaba a Marx. Pero cuando comenzaron las clases, me resultó evidente que estábamos discutiendo sobre temas que yo ya dominaba. Incluso había dictado un curso en la Universidad San Martín de Porres sobre el primer tomo de *El Capital*. Entonces, la universidad me permitió ir hacia otros autores, hacia otros temas dentro del marxismo y los aportes de Gramsci, que fue muy importante. Por otra parte, vía Tito Flores Galindo me puse en contacto con la gente de la colección Crítica de la Editorial Grijalbo, ese grupo catalán marxista creado en torno a Josep Fontana. El primer semestre de 1987 Tito estaba de profesor invitado en Barcelona y organizó un evento académico que nos permitió reunirnos. Yo estaba como profesor invitado en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París.

La influencia en mis años de formación fue principalmente francesa. Está Ruggiero, está Pierre Vilar, obviamente Braudel y el grupo de la revista *Annales*, eso viene de la influencia de Tito y de Ruggiero Romano. también fue muy importante el aporte de la escuela británica, principalmente Eric Hobsbawm y E. P. Thompson. La formación marxista más ortodoxa viene de la influencia de Alfredo Torero y de la experiencia, de la militancia de la que ya he hablado.

[P.D.] *SUR se forma en 1986. ¿Qué puedes contarnos de tu experiencia en SUR y la revista Márgenes?*

[N.M.] SUR fue una respuesta de un grupo intelectuales que no estábamos satisfechos con lo que pasaba con la izquierda en el período. Encontrábamos que Izquierda Unida, el frente que unió a varios partidos izquierdistas, se había convertido en un campo de batalla por el poder entre distintas organizaciones y caudillos. No estábamos de acuerdo con esta forma de militancia. Pero también nos negábamos a quedar al margen. De ahí viene el nombre de la revista, *Márgenes*. Entonces, queríamos ser una interlocución de la izquierda. No enfrentados con Izquierda Unida pero tampoco incorporados orgánicamente. Y eso fue lo que se mantuvo. Ahora, el grupo era muy rico intelectualmente. Reunía gente brillante y suscitaba mucha inquietud intelectual. Estoy hablando de Tito Flores Galindo, de Gonzalo Portocarrero, Gustavo Buntinx, crítico de arte, Reynaldo Ledgard, arquitecto y guionista, Peter Elmore, crítico cultural y escritor, Oscar Ugarteche, economista y fundador del MHOL, el Movimiento Homosexual de Lima. Llegamos a sacar diecisiete números de la revista. Pero la primera gran crisis que enfrentamos fue la muerte de Tito Flores Galindo, el director de SUR, el año 1990, cuando apenas habíamos publicado cuatro números de *Márgenes*. Me hice cargo de la dirección de SUR a la muerte de Tito. Logramos pasar la crisis y sobrevivir en medio de otra gran crisis, suscitada por el colapso del socialismo soviético. Mantuvimos una productividad elevada, sacando la revista adelante, desarrollando una importante línea editorial. Como anécdota, en un concurso organizado en torno a la producción editorial, le ganamos a todas las editoriales, incluidos la Católica y el Instituto



de Estudios Peruanos. Nos llevamos el primer premio. Ese era el trabajo de otra gran integrante de SUR, Maruja Martínez. Ella había hecho una militancia trotskista. Para ese entonces, Maruja se había alejado de la militancia partidaria, y vertió toda su capacidad organizativa en sacar adelante SUR y la revista.

[P.D.] *¿Cuál fue la recepción de SUR en la izquierda?*

[N.M.] Representaba una corriente diferenciada de otra importante, la que se articuló en torno de la revista *El zorro de abajo*, en la que estaban Carlos Iván Degregori, Sinesio López y Alberto Adrianzén, como los principales dirigentes. Las diferencias se plantearon en relación con el gobierno de Alan García. Sinesio López elaboró una teoría según la cual en medio del conflicto armado interno había dos fuerzas importantes en pugna en el país, que eran las fuerzas de la paz y las fuerzas de la guerra. Las fuerzas de la guerra eran Sendero Luminoso y las Fuerzas Armadas, y las fuerzas de la paz eran Izquierda Unida y el APRA. No llegaron a desarrollarlo completamente, pero el razonamiento iba en la dirección de un acuerdo entre Izquierda Unida y el APRA para derrotar a la subversión. Nosotros discrepábamos porque nos parecía evidente la alianza entre el APRA de Alan García y las Fuerzas Armadas. Inicialmente, Alan García se mostró como defensor de los derechos humanos, pero muy rápidamente viró hacia una represión que violaba brutalmente estos. La represión de un alzamiento senderista en los penales de Lima terminó con el asesinato de centenares de presos. En un enfrentamiento con una columna emerretista, cerca del poblado de Molinos, en la región central, se aniquiló a unos sesenta insurgentes, en un enfrentamiento en que no se tomó heridos. Alan García llegó en helicóptero para lucirse ante la televisión junto con los cuerpos de los abatidos. Luego, el gobierno aprista montó organizaciones paramilitares, como el Comando Rodrigo Franco.

Diría que SUR y *Márgenes* tuvieron una influencia muy fuerte en la izquierda democrática de este periodo e, intelectualmente, fue un referente muy importante. Creo que hay tres revistas que marcaron diversas tendencias en la izquierda: la revista *Socialismo y Participación*, creada por militantes velasquistas, *El zorro de abajo*, que articulaba principalmente

a militantes del Partido Unificado Mariateguista (PUM), como Carlos Iván Degregori y militantes del MIR El Militante (MIR-EM), como Alberto Adrianzén, y por otra parte estaba *Márgenes*. Distinguíamos el trabajo intelectual del trabajo militante. SUR no se identificaba con ninguna organización en particular, sus miembros eran libres de militar en la organización que quisieran. Durante un tiempo, Eduardo Cáceres, que era miembro de SUR, fue elegido secretario general del PUM. Para que no hubiese confusiones, le dimos licencia en SUR mientras cumplía su encargo partidario. Entonces, SUR era reconocida como una organización de izquierda, pero al mismo tiempo se reconocía la independencia que tenía.

[P.D.] *¿Qué representó para SUR el conflicto armado?*

[N.M.] Éramos críticos con lo que hacía Sendero Luminoso. Al mismo tiempo, nos negábamos a esa descalificación en bloque que se encubre detrás de la categoría de terrorista. ¿Que Sendero Luminoso utilizó ampliamente el terror? Sin ninguna duda. Pero, ante todo, considerábamos que era una organización política que, a partir de un determinado momento, optaba por la acción armada, pero que ante todo era política y había que entenderla como tal. No era algo que despertara simpatía en la propia izquierda. Era una posición que generaba resentimiento, rechazo. Ahora, hay que considerar que era un periodo crítico. La guerra interna era muy dura. Las amenazas estaban ahí. Y estábamos en una situación que nos convertía en blanco tanto de las Fuerzas Armadas como de Sendero Luminoso.

[P.D.] *¿Tuvieron que modificar la línea editorial por estas amenazas?*

[N.M.] Mantuvimos la línea editorial. Un poco es el razonamiento de que, si eres una figura pública, si eres un intelectual reconocido, frente a las amenazas lo más importante es ventilarlas y hacerlas públicas. Es el mecanismo de seguridad más importante, más efectivo. No replegarse, esconderse, sino, por el contrario, tratar de ventilar las presiones lo más lo más públicamente posible.

[P.D.] *En 1993, publicaste* Vinieron los sarracenos. El universo mental de la conquista de América. *A primera vista, el tema del libro es bastante distinto al de tus investigaciones anteriores. ¿A qué se debió este cambio de tema?*

[N.M.] Bueno, en general, trato de sincronizar mis temas de investigación con lo que siento que son temas políticos actuales, importantes, y había dos elementos que confluían al comienzo de los 1990: por un lado, era el tema del racismo que incorporé a mi reflexión a raíz de la guerra interna. En 1985, con Tito Flores publicamos un pequeño opúsculo, *Violencia y campesinado*, en el que, por primera vez, traté el tema del racismo, abordándolo desde la lógica de ejército de ocupación que seguían las fuerzas de seguridad en las comunidades campesinas de la sierra peruana.

El otro tema que me interesaba era la conmemoración del quinto centenario de la invasión de América. Por un lado, pensando materialmente, había posibilidad de conseguir financiamiento en tanto el tema fuese pertinente, y esta era una cuestión importante. Gané la beca Guggenheim y otra beca del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) de España, con las cuales pude trabajar la investigación. Otra motivación era una reflexión a partir de lo que había sido la evolución de la reflexión política histórica en el Perú a partir de los 1950. La visión que planteo es la siguiente: hasta comienzos del siglo XX, la historiografía andina estuvo presa, en su reflexión sobre la realidad prehispánica, del relato de Garcilaso de la Vega. Si te remites a cualquier fuente del siglo XIX y de comienzos del siglo XX, se atribuye a los incas todo lo que es un registro civilizatorio prehispánico. Es la influencia del relato de Garcilaso, quien afirmaba que todo lo existente antes de los incas era barbarie e idolatría. Que los incas fundaron la civilización, apenas unos cuatrocientos años antes de la conquista española. Entonces, cualquier evidencia arqueológica que testimoniara la presencia de civilización antes de la llegada de los españoles era atribuida a los incas. Todo era inca. Julio César Tello y Max Uhle rompieron con esta imagen y permitieron abrir el camino a la comprensión de que había habido muchas culturas, muchas grandes civilizaciones, a lo largo de milenios, antes de la era inca. La etapa inca más bien constituye un pequeño capítulo de una larga historia. En la segunda mitad del siglo XX, se creó consciencia acerca de que la herencia

cultural peruana, por el lado andino, es sumamente diversa, heterogénea, múltiple. Pero ante la heterogeneidad de la herencia andina, se erigía la imagen de una herencia cultural española unitaria. España, la representante de la Europa cristiana, con una cultura unitaria, opuesta a la diversidad andina. Quería ver hasta qué punto era sostenible esta imagen. Y eso me llevó al tema de la coexistencia entre moros, cristianos y judíos en la península ibérica.

En el desarrollo de la investigación, que mostraba una realidad histórica sumamente compleja y heterogénea, me encontré con la construcción del racismo colonial que se desplegó en la conquista y colonización de América. Hice una objeción al texto de Tzvetan Todorov sobre la conquista de América, que presentaba a los conquistadores como una especie de página en blanco, cuya subjetividad iba a ser escrita por las experiencias americanas. Yo pensaba que, por el contrario, había todo un aparato conceptual, un aparato ideológico, de mentalidades, imaginarios, representaciones, muy diverso, múltiple. Y veía en la construcción del racismo en España, en el racismo antisemita —antijudío y antimusulmán—, que comienza hacia el siglo XIII, y no antes, los antecedentes que van a permitir construir las categorías mentales con las que a partir de 1492 va a ser pensado el indio americano. Básicamente esos son los parámetros con los que hice esta investigación.

[P.D.] *¿Qué recepción tuvo el libro?*

[N.M.] Tuvo más recepción en España que en el Perú. Como siempre, como te digo, en el Perú no hay tradición de discusión.

[P.D.] *A comienzos de la década del 2000, publicaste una colección de ensayos sobre el racismo y otra sobre la violencia política, y participaste en la Comisión de la Verdad y Reconciliación entre el 2001 y el 2003. ¿En qué capacidad participaste en la Comisión y en qué medida se relacionó el trabajo que hiciste en esta con las investigaciones que venías haciendo?*

[N.M.] Llamo la atención sobre un pequeño libro que publiqué el año 1995, una *Historia de la República*, que en buena cuenta planteaba una reflexión general sobre el peso de las regiones en la historia peruana del siglo XIX y las subjetividades herederas de las representaciones coloniales.

A lo largo del periodo de la guerra interna, fui publicando distintos ensayos, elaborados «en caliente», a medida que la guerra interna envolvía el país, y estos fueron recogidos en el año 2002 en un libro publicado por la editorial del Congreso de la República. Un libro titulado *El tiempo del miedo: la violencia política en el Perú 1980-1996*. Ahí trato el tema de la violencia política, y el tema del racismo ocupa un lugar prominente. El libro *La piel y la pluma. Escritos sobre etnicidad, literatura y racismo* fue una colección de ensayos que había ido publicando sobre pensadores peruanos y su posición frente al racismo. En la CVR, me convocaron el año 2002 porque, como parte del trabajo que estaba haciendo la Comisión, habían decidido entrevistar a todos los protagonistas de la guerra para que dieran su versión de los hechos. Eso incluía a los líderes de las organizaciones subversivas. Entrevistaron a todos, pero Abimael Guzmán se negó inicialmente. Luego, cuando vio que todos iban declarando, dijo que estaba dispuesto a testificar, pero puso como condición que él iba a elegir a quién lo iba a entrevistar. Le propusieron un conjunto de nombres. Pienso que más calificados hubiesen sido Carlos Iván Degregori o Carlos Tapia, pero los dos fueron vetados por Guzmán, porque habían sido colegas de docencia y rivales políticos en Huamanga, y tenían viejas deudas ideológicas. Hasta que le propusieron mi nombre y aceptó. Entonces, me llamaron desde la Comisión, para a ver si estaba dispuesto a recoger su testimonio. Dije que sí. De esa manera, tuve el encargo de hacer las entrevistas a Guzmán.

Fueron quince reuniones, aproximadamente cincuenta horas de conversación y de discusión. El tema lo había decidido él: la guerra popular. Yo hice las entrevistas junto con Iván Hinojosa. Alguna vez que Hinojosa estuvo solo con Guzmán, le preguntó por qué me había elegido. Sus razones me parecen interesantes. Primero, consideraba que yo era de izquierda. En segundo lugar, consideraba que no me había enriquecido con la guerra popular. Para él, los denominados «senderólogos» eran gente que había traficado con la guerra. Y la tercera, que me parece la más interesante, es que no me había burlado de ellos. Por cierto, no es que los hubiese tratado bien. Un ensayo como el que publiqué cuando capturaron a Guzmán, «La caída de la cuarta espada y los senderos que

se bifurcan», constituye una tomadera de pelo feroz, pero sin ir al ataque personal. Y eso era muy importante para él.

Parte de lo que me dejó esta experiencia es una visión más matizada de la personalidad de Abimael Guzmán. Creo que la importancia que otorgaba a que no me hubiese burlado de ellos tenía que ver con rasgos de una cultura señorial. Guzmán era una persona muy educada, incapaz de elevar la voz. Para él tenían mucha importancia los rasgos de cortesía, las formalidades. Y creo que, si conseguimos que se abriera en cierta medida, fue porque respetamos ese protocolo. Ahora se me ha preguntado frecuentemente si está loco. Yo diría que era una persona inteligente, pero no excepcional. Muy inteligente. Conocía bien el maoísmo y la teoría de la guerra popular. Pero era limitado en todo lo demás. Su experiencia vital fue eminentemente provinciana, en la más rigurosa acepción del término: estudiar en Arequipa e ir a enseñar en Huamanga. Las salidas que hizo al extranjero fueron a la China, que, en la época de Mao, era someterse a un régimen de un riguroso aislamiento. Vivir en una burbuja. Tampoco hubo en ese diálogo ni en sus escritos una evidencia de haber estudiado más autores de la corriente marxista. Era provinciano desde su propia experiencia vital.

[P.D.] *¿Cuál era la finalidad de las entrevistas?*

[N.M.] El objetivo, digamos, general de la Comisión era esclarecer los hechos acaecidos durante el conflicto armado interno. Tratar de construir un relato que recogiera una verdad. Ahora, con Guzmán, las conversaciones, si las vemos en términos de los temas a abordar, terminaban siendo triviales, porque él se limitaba a repetir lo que ya estaba en los documentos oficiales de Sendero. Y esto guardaba relación con el régimen carcelario que se le había impuesto. Guzmán tenía una serie de privilegios. Tenía una celda propia. Su compañera Elena Iparraguirre, con la que después se casó, vivía en otra celda y los separaban a las seis de la tarde, pero a las ocho de la mañana abrían las puertas y Elena Iparraguirre se pasaba a la celda de Guzmán y estaban todo el día juntos. Por otra parte, habían obtenido privilegios especiales por parte de Vladimiro Montesinos. Montesinos tenía un objetivo muy concreto, que era tratar de ganar el referéndum, que debía legitimar el golpe de Estado que dio Fujimori

en 1992. Parte de su estrategia era presentar a un Guzmán rendido, que reconocía a Alberto Fujimori como el ganador de la guerra. Convencieron a Guzmán de participar en una presentación televisiva, acompañado de la plana mayor de Sendero (que había sido trasladada desde varios penales a la Base Naval, donde se encontraba Guzmán), reconociendo su derrota y atribuyendo la victoria a Fujimori; esto a cambio de una promesa de abrir negociaciones de paz que terminarían en una amnistía general. Ahora, cuando uno ve las negociaciones de por medio, resulta increíble la ingenuidad de Guzmán. Él ofrecía parar las acciones armadas de Sendero e iniciar un diálogo de paz, que culminaría con la amnistía general. Como garantía de su parte, se ofrecía él y su esposa. Lo cual era una estupidez, porque ambos ya estaban presos. Entonces: ¿qué era lo que estaban entregando? No tenían nada que entregar. Pero creo que estaba tan necesitado de creer en una salida que aceptó eso.

Ahora, en el camino en la CVR nos definimos otro objetivo, que era que Guzmán reconociera públicamente que la guerra había terminado. Él lo reconocía en privado, pero no estaba dispuesto a decirlo públicamente. Le explicábamos que eso era beneficioso para él mismo, porque podría defender mejor su posición, defender sus ideas, si terminaba con lo que era la preocupación de una mayoría en el país y de los analistas, que era la idea de que Sendero estaba simplemente replegado, esperando una buena oportunidad para reiniciar la guerra. Para eso, Guzmán reconocía que ya no había oportunidad para retomar la guerra en el país, porque, en su razonamiento, la garantía del triunfo de la revolución era el Pensamiento Gonzalo, el producto histórico de la condensación de quince mil millones de años de historia de esta parte del universo conocido. Y ahí, sí, se ve rasgos de locura, cuando se trata de su papel en la historia universal. Sendero tiene una especie de epistemología especial, que parte de la convicción que existen leyes generales, universales, del movimiento, tanto de la naturaleza como de la sociedad. Los grandes pensadores han esclarecido estas leyes generales del movimiento de lo social. Marx esclareció las leyes del capitalismo; Lenin, las leyes de la revolución. Estos grandes descubrimientos los convirtieron en las «espadas» de la revolución. Hay otra categoría de pensadores, de carácter secundario, que han

aplicado creativamente las leyes generales descubiertas por las espadas a una realidad social particular. Era el caso de Mao, que descubrió las leyes de la revolución para los países semifeudales y semicoloniales. Lo que dio lugar al nacimiento del «pensamiento Mao Tse Tung».

Inicialmente, Sendero se autodenominaba «Partido Comunista del Perú, marxista-leninista-pensamiento Mao Tse Tung». Al iniciar su guerra popular, se añadió a esta fórmula la partícula «pensamiento guía»: Partido Comunista del Perú marxista-leninista-pensamiento Mao Tse Tung-pensamiento guía. El «pensamiento guía» era el aporte de Guzmán. Poco tiempo después, Guzmán sostuvo que los aportes del camarada Mao eran tan importantes que este merecía ser incluido como la tercera espada de la revolución. Sendero se proclamó entonces «marxista-leninista-maoísta». El ascenso de Mao al olimpo de las espadas dejó el espacio libre para que pudiera incorporarse a la fórmula canónica al presidente Gonzalo. Sendero pasó a definirse como «marxista-leninista-maoísta, pensamiento Gonzalo». Era la antesala para incorporar a Abimael Guzmán como la cuarta espada de la revolución: el Partido Comunista del Perú marxista-leninista-maoísta-gonzalista. Este es el origen de la, a primera vista, misteriosa calificación de Guzmán como la cuarta espada de la revolución.

Hacia fines de la década de 1980, la denominación de Sendero sufrió una nueva vuelta de tuerca: pasó a ser el «Partido Comunista del Perú, marxista-leninista-maoísta pensamiento Gonzalo, principalmente pensamiento Gonzalo». La importancia de esta calificación radica en que, para distinguir la línea correcta de la incorrecta (una cuestión de vida o muerte, cuando se estaba desplegando un conflicto sangriento) en Sendero era clave la cuestión de la ortodoxia. En adelante, la corrección en una posición dependía de su alineamiento con el pensamiento Gonzalo, aunque esta colisionará con las formulaciones marxistas, leninistas o maoístas.

[P.D.] *¿Cuál es la ley que él supuestamente descubre o explica?*

[N.M.] Se lo pregunté. Planteó que la primera era la construcción de la revolución como una revolución ininterrumpida. Es decir, que la guerra revolucionaria no terminaría con la toma del poder, sino que tenía que continuar como una guerra que no terminaría hasta que se aniquilara el capitalismo a nivel mundial. Y, por lo tanto, la sociedad debía ser



militarizada, desde el inicio de la guerra iniciada por Sendero Luminoso hasta la liquidación del capitalismo a nivel mundial. La otra tenía que ver con la construcción de las armas de la revolución que era concebida como una construcción concéntrica, en que al centro estaba el partido, y sobre él, el frente y el ejército, concéntricamente organizados. Ahí le hice una pregunta —creo que fue uno de los momentos más interesantes—, le dije «¿qué hubiese sucedido si usted hubiera muerto en 1985?». «¿Qué?», me respondió. Se quedó sorprendido. Aparentemente, nunca se le había ocurrido la idea. Me reí y le recordé que Lenin decía que la muerte es un accidente de trabajo para un revolucionario. No sabía qué contestar. Le dije que había una contradicción evidente entre la afirmación de que la revolución la hacen las masas y de que termine dependiendo de una sola persona, «la jefatura». Él me dijo en una ocasión que a la semana de haber caído prisionero ya sabía que la guerra popular no era más viable. ¿Por qué? Porque no podía triunfar si no era bajo la conducción de la jefatura, bajo la guía del «pensamiento Gonzalo». Me dijo que eran las circunstancias particulares del Perú. Entonces, le pregunté «¿cuál hubiese sido la alternativa, caído él, para que pueda continuar la guerra popular?». Me dijo que era un tema que no había podido ser resuelto por el movimiento comunista internacional. En todas las reuniones, Guzmán estuvo acompañado de Elena Iparraguirre y se presentaba con dos cajas de documentos internos de Sendero, su archivo particular, que lo tenía porque cuando hicieron las negociaciones con Montesinos, él le dijo que quería escribir una historia de la guerra popular y Montesinos le dio todos los documentos para que pudiera hacerla. Había una relación más bien cordial entre el gobierno fujimorista y Guzmán.

[P.D.] *¿Como fue tu experiencia en el doctorado en la École des Hautes Études en Sciences Sociales y, en particular, tu relación con Nathan Wachtel, tu asesor?*

[N.M.] Bueno, en 1987 me cursaron una invitación para ir como profesor invitado a l'École. Estuve un semestre. Allí trabé amistad con Nathan Wachtel y le pregunté sobre la posibilidad de seguir el doctorado. Le expliqué que, estando casado y con tres hijos, no me era posible irme

a vivir tres años a París. Propuse pasar el primer año en París y hacer los dos siguientes, de investigación, en el Perú. Me dijo que iba a consultar con el consejo académico. Y en el consejo académico decidieron que tenía una formación suficiente y me declararon apto para inscribir mi proyecto de tesis. Le pedí a Nathan que dirigiera mi tesis, y aceptó. Me puse a trabajar la investigación, y las cosas marchaban bien. Pero entonces vino todo el huaico de Sendero y la idea de continuar con el doctorado quedó relegada. En 1997, decidí que quería terminar eso, elaboré un manuscrito y fui a conversar con Nathan. Retomamos el proyecto, me puse a trabajar en la tesis y finalmente la sustenté en 1998. Tengo una gran deuda de gratitud con Nathan Wachtel, por su firme y constante apoyo. Y con Yves Saint-Geours y Gilles Rivière, que me brindaron su amistad y un generoso respaldo en todo este proyecto.

[P.D.] *¿Cuál era el tema de la tesis?*

[N.M.] Es un trabajo sobre los circuitos mercantiles en el sur andino en la primera centuria de la República y el tema del gamonalismo. Básicamente, la pregunta fundamental partía de una revisión de la idea construida en torno al gamonalismo, que atribuía a la hacienda tradicional el papel decisivo para la aparición del gamonalismo. Una visión según la cual la servidumbre imperante en las haciendas se extendía sobre el conjunto de la sociedad. Lo que yo encontré fue, primero en la sierra central, un ámbito económico en que existían grandes haciendas en las tierras altas que rodean al valle del Mantaro, pero donde no había gamonalismo. Por el contrario, en la sierra sur encontraba amplios espacios donde no había haciendas y existía un gamonalismo muy poderoso. En muchos casos era el gamonalismo el que permitía la construcción de las haciendas. Esto cuestionaba el papel central que se atribuía a la hacienda tradicional como la fuente del gamonalismo. La hipótesis básica que trabajé era que la expansión del capital mercantil (que en ese caso se encarnaba en el acopio de las lanas) tiene una lógica diferente cuando se mueve sobre espacios precapitalistas en crisis o en espacios con un precapitalismo fuerte. Ahí donde el viejo orden, basado en la servidumbre, está en crisis, la presencia del capital acelera la disolución

de las relaciones anteriores y facilita la expansión del capitalismo, de las relaciones capitalistas, arrinconando al ámbito precapitalista. Pero ahí donde las relaciones precapitalistas son fuertes, la penetración del capital mercantil va a fortalecer aún más la lógica mercantil existente, exacerbando la servidumbre, que es lo que encontramos en la sierra sur. Hay un proceso de mercantilización que llega hasta las últimas cabañas de los campesinos en las punas, que están insertados en el circuito de la lana, pero esto, en lugar de disolver las relaciones anteriores, fortalece las relaciones de servidumbre, fortalece el gamonalismo.

[P.D.] *¿Es el mismo el sujeto del gamonalismo en ambos casos?*

[N.M.] He seguido con el tema. Eso no lo abordé o no lo tenía claro cuando hice la tesis, pero luego he continuado y encuentro que hay una dimensión muy importante que atañe a la relación con el Estado, que pasa por la privatización del poder. Hay una serie de supuestos, sobrentendidos, que no se enuncian, pero que están ahí, entre los cuales está que la condición legal de los indígenas no es regida propiamente por la ley. La comunidad indígena fue declarada disuelta en 1824, pasaron unos cincuenta años para ejecutar eso, pero en los hechos la comunidad deja de ser reconocida como sujeto de derecho. Fueron abolidas las Leyes de Indias coloniales y los indígenas ya no tenían un aparato legal particular al cual remitirse para defenderse. Con la desaparición de los curacas, luego de la derrota de Tupac Amaru, se rompió el eslabón que hacía de bisagra entre el mundo indígena y la sociedad mayor, de los mistis. Y sobre ese vacío surgieron los gamonales, que en buena medida son mandones locales que privatizan el poder estatal para usarlo en su propio beneficio. Ahora, desde el otro lado, desde el lado indígena, la independencia culminó en un proceso de profunda erosión de las estructuras de poder indígenas. Desaparecen los curacas, no son reconocidas las comunidades, y en tanto que las comunidades no son reconocidas tampoco las autoridades comunales son legalmente reconocidas. Pero las autoridades indígenas, para poder ejercer su rol, necesitan establecer una interlocución con el Estado, necesitan obtener reconocimiento del Estado. Y ahí entra la relación con los mandoncillos locales, que hacen de intermediarios con el Estado y

cobran en trabajo gratuito, en servidumbre, a los indígenas. Es normal, a lo largo del siglo XIX, que los alcaldes-vara, que son la máxima autoridad de la comunidad, vayan a trabajar por turnos como sirvientes a las casas de los notables. Entonces, de una sociedad indígena colonial, que tenía curacas ricos, nobles, educados, que hablaban quechua, castellano, algo de latín, que eran grandes transportistas como Tupac Amaru y sus cuatrocientas mulas para negociar con Potosí, que eran como esos curacas que encontró la profesora Claudia Rosas Lauro, que eran propietarios de carabelas que usaban para negociar con España, pasamos a autoridades de un mundo indio completamente empobrecido, autoridades elegidas por un año, y que para poder ejercer su representación tienen que ir a trabajar como sirvientes de las autoridades del Estado. A ese nivel llega la degradación de las estructuras de poder indígena.

[P.D.] *¿Esta investigación no la has publicado?*

[N.M.] Estoy elaborándola.

[P.D.] *Qué bueno. Creo que va a generar mucho interés.*

[N.M.] Eso espero.

[P.D.] *Trabajaste treinta y siete años en la Universidad Católica, en el departamento de Ciencias Sociales, hasta tu jubilación en diciembre del 2022. ¿Como fue tu experiencia como docente?*

[N.M.] Tengo una formación de base de sociólogo, entonces me desempeñé dando cursos de la profesión, tanto de grado, como de posgrado. En Historia, solo tuve la posibilidad de dictar un curso en el doctorado, en una sola oportunidad. En determinado momento, en el departamento de Ciencias Sociales decidieron destacarme para enseñar en Estudios Generales Letras. Inicialmente, lo tomé como un castigo, porque eran cursos de ciento veinte estudiantes y la calificación de los exámenes era una proeza. Felizmente, cambiaron las cosas. Se redujo la cantidad de estudiantes a sesenta y cinco, lo que era más manejable. Y, luego, aceptaron ponerme a un asistente para que me apoyara en la evaluación de las pruebas, no las principales, sino las que se desarrollan al largo del curso. Las demandas de la enseñanza fueron un poderoso

motivo para la elaboración de dos textos: la *Historia de la República* de 1995 y el volumen *Sociedad* de la *Enciclopedia Temática del Perú*, que publicó el Grupo Editorial El Comercio, en 2004. Este último volumen presentaba un panorama general del Perú contemporáneo, al iniciarse el nuevo siglo. Enseñar en Estudios Generales Letras fue una experiencia muy gratificante, porque eran estudiantes que estaban en el segundo semestre de la universidad. Chicos de diecisiete años que constituyeron la antena más importante que tuve para conectarme con qué pensaban los jóvenes, con lo que estaba pasando con este sector de la sociedad peruana. Naturalmente, es una experiencia que voy a extrañar mucho.

[P.D.] *¿Qué enseñabas en estos cursos?*

[N.M.] El curso se llama Realidad Social Peruana. Hice una síntesis desde los primeros asentamientos humanos en los Andes hasta el momento contemporáneo. Era una visión global sintética de historia peruana.

[P.D.] *¿Has asesorado a alumnos que después han seguido una carrera de historiador?*

[N.M.] Si, hay algunos que han pasado por mis cursos, que han hecho carrera tanto en Sociología como Historia. Efectivamente.

[P.D.] *¿Podemos hablar de una generación de historiadores que han seguido tu ejemplo?*

[N.M.] Buena pregunta. No, no, evidentemente. Por una parte, quizá haya contribuido a eso la dispersión de temas que he trabajado.

[P.D.] *Desde mi perspectiva, una parte importante de tu producción académica encaja en lo que podríamos llamar la historia regional. Hay en las décadas de 1970 y 1980 un impulso importante de historia regional en el país con tus trabajos, con los de Manuel Burga, de Susana Aldana, un poco después. Diferentes partes del país comienzan a ser historiadas. ¿Ves eso como algo que hiciste conscientemente, o es algo que digamos que se percibe solo a posteriori?*

[N.M.] El volumen titulado *Historia de la República* (1995) era un intento de sintetizar lo que había venido trabajando sobre historia regional, sobre una visión de la historia peruana en que el peso

de lo regional era subrayado como un fenómeno imprescindible de ser abordado, para poder entender qué era la historia peruana del siglo XIX y el XX. Ahora, hay un fenómeno, una particularidad de la Universidad Católica, que habría que resaltar, y es ausencia del diálogo entre Ciencias Sociales e Historia en el marco institucional. En los treinta y siete años, solo pude dictar un curso en el doctorado de Historia y ningún curso en el pregrado. Tito Flores Galindo, que enseñaba en el departamento de Ciencias Sociales, tampoco tuvo mayor acogida en Historia. Hizo algunos cursos, pero en general no hay una conexión. Entonces la vinculación era más, institucionalmente, con el campo de las Ciencias Sociales y la influencia sobre los historiadores se daba en la medida en que chicos que estudiaban Historia tomaban, en sus cursos libres, materias de Ciencias Sociales, para trabajar con Tito, con Gonzalo Portocarrero, conmigo.

[P.D.] *En el 2009, publicaste un libro sobre la historia del APRA. ¿Qué te llevó a trabajar este tema?*

[N.M.] La motivación fue el retorno de Alan García al poder y la manera cómo empezaba a construirse desde las bases apristas una serie de discursos que no tenían que ver con la verdad histórica, que eran construcciones en que Haya de la Torre era una especie de superhombre que había esclarecido la historia, pasada, presente y futura del país. Empezaba a traficarse mucho con eso. Entonces, políticamente, me pareció importante abordar el tema de la historia del APRA y la historia de Haya de la Torre. Y creo que fue un libro oportuno. Es de los que más debate ha originado, como era de esperar. Pero creo que ayudó a poner límites a la manera como se estaba traficando con la historia del APRA y la historia de Haya.

[P.D.] *¿Cuál fue la reacción de intelectuales apristas, de historiadores apristas al libro?*

[N.M.] Inicialmente, fue buena, me invitaron a discutir el texto. Tuve debates con gente del APRA. Pero luego cambiaron y hubo una especie de proscripción de mi libro. Se me acusaba de injuriar a Haya de la Torre. De presentar una visión distorsionada de lo que era él. Creo que el APRA se ha quedado en esa segunda opción, de ver el libro como la elaboración de un antiaprista.

[P.D.] *¿Tu interés por el tema tiene algo que ver con el hecho de que tu padre había sido aprista?*

[N.M.] El libro está dedicado a mi padre. En la dedicatoria, dice «A Amador Manrique de Lara Lozano, mi padre, que tomó el ferrocarril de Huancavelica en noviembre de 1934, y cuyas ilusiones de viejo aprista fueron rotas por el gobierno de Alan García». Diría que hay una relación muy directa entre la historia familiar y la opción de hacer este texto.

[P.D.] *Fuiste columnista de La República por muchos años. ¿Qué nos puedes contar de esa experiencia?*

[N.M.] Bueno, era una manera de estar al día con lo que estaba sucediendo en el país, de involucrarme en la historia inmediata. Inicialmente, fui convocado por Augusto Álvarez Rodrich, que era director de *Perú21*. Después de algunos años, la familia propietaria de *El Comercio* decidió cesar a Álvarez Rodrich e introducir un viraje a la derecha de un periódico que había sido no necesariamente de izquierda, pero sí independiente. Renuncié como consecuencia del despido de Álvarez Rodrich y de ahí inmediatamente fui invitado a escribir en *La República*. Entre las dos experiencias, son unos catorce años de trabajo como columnista.

[P.D.] *¿Como influyó tu trabajo como columnista en tu manera de relacionarte con tus lectores?*

[N.M.] Por un lado, me hizo tener más claridad en la selección de temas. Trataba de que los temas fuesen pertinentes políticamente con lo que estaba sucediendo. La experiencia como columnista sumada con la experiencia de profesor de Estudios Generales Letras me ponía en un lugar que considero privilegiado para analizar qué estaba pasando en el país, y para determinar cuáles me parecían que eran los grandes temas que suponía la agenda. Trataba de que mi colaboración estuviese ceñida a ese marco. Desde otra perspectiva, el periodismo es una excelente escuela para escribir clara y concisamente.

[P.D.] *También, en ese contexto, cumpliste un papel en los medios televisivos donde te entrevistaban a menudo. De ser un historiador, un intelectual de libros, pasaste a ser un intelectual público.*

[N.M.] Así fue por un tiempo. Fue una buena experiencia. Era un nuevo espacio de comunicación. Me permitía abrir dialogo y debate sobre algunos temas. Llevar el debate más allá del círculo de los especialistas y los colegas.

[P.D.] *Quizá eso tiene que ver con tu libro más reciente, sobre redes ¿Cómo llegaste a ese tema que parece tan distinto a todo lo otro que has trabajado?*

[N.M.] Sigue siendo una reflexión histórica, en ese caso, sobre la evolución del capitalismo a nivel planetario. El año 1997, publiqué un libro titulado *La sociedad virtual y otros ensayos*, donde comencé la indagación sobre Internet y sobre el mundo virtual que empezaba a desplegarse. Entonces dictaba en la Católica un curso sobre la realidad social del mundo contemporáneo, y constituía un formidable aliciente para reflexionar sobre los cambios que se experimentaban a nivel planetario. Intuía que los profundos cambios que se estaban desplegando no se agotaban en el colapso de la Unión Soviética y la emergencia de un nuevo orden unipolar. La sociedad virtual fue un intento de ir más allá de los grandes cambios políticos en el escenario internacional y tratar de entender las transformaciones que se estaban operando en el sistema productivo mundial. Ir más allá de la globalización, que parecía acaparar toda la atención, hacia los cambios que estaban operándose en la base material del sistema capitalista.

En los años 1990, viajando por Europa, me parecía increíble que mis colegas del viejo mundo parecieran no percatarse de lo que estaba sucediendo en el planeta. Colegas académicamente brillantes tardaron casi una década en reconocer el papel que Internet iba a jugar en la remodelación del mundo que habitamos. En Londres y en París, la expansión de la red de redes era vista con recelo y algo de desdén, como una especie de emboscada del imperialismo yanqui a la que había que resistirse. En Francia, estaban encantados con Minitel. Recuerdo el diálogo en París con una amiga antropóloga que había viajado a Madre de Dios y que había tenido una reunión con los informantes, con los que había trabajado dos décadas atrás. Al despedirse, sus buenos amigos le dieron sus direcciones de correo electrónico y le pidieron la suya, que no tenía. Avergonzada, me contó que llegando de vuelta a su universidad



de origen tuvo que contactarse con el encargado del sistema informático para que le habilitara una casilla electrónica.

El mundo estaba en ebullición, con la implosión de la Unión Soviética, la caída del muro de Berlín, la crisis del socialismo, la globalización y el neoliberalismo. Vivíamos la transición a una nueva época. Se trataba de cambios muy profundos, pero no había conciencia de su naturaleza, de por qué se estaban produciendo y hacia dónde nos llevaban. Hay que recordar la popularidad que conoció el prefijo 'post': postmoderno, postindustrial, postcapitalista... Maneras de reconocer que se vivían cambios muy profundos, pero no había algo positivo que decir con respecto a qué es lo que se venía. Mi hijo mayor se graduó como ingeniero electrónico, así que tenía a mano una especialista que me podía responder las preguntas de carácter técnico. Cuando en 1997 publiqué el libro *La sociedad virtual*, apenas había una cabina de Internet, que casi nadie conocía en Lima, y un par de cafés de Internet en Miraflores. Ese año, el número de usuarios a nivel mundial ascendía a setenta y cinco millones (el 2003, se pasó la barrera de los mil millones). Jóvenes de una revista de la época que me entrevistaron consideraban que el libro era esnob, porque trataba sobre un tema que solo iba a interesar a una fracción muy limitada de la sociedad peruana y, adicionalmente, que Internet era una invención del imperialismo yanqui. Por lo tanto, no era un tema que debiera tomarse en serio.

El año 2016, publiqué el libro *Una alucinación consensual: Redes sociales, cultura y socialización en Internet*, que constituye una nueva reflexión sobre Internet en un momento distinto; en el momento del cierre de un fenómeno peruano muy particular: las cabinas de Internet. Fue una solución informal, popular, para conectarse a la red de redes, ahí donde el Estado no ejecutaba ninguna acción consistente, orgánica, para incorporar a los peruanos a la sociedad de la información. Volví a encontrarme con temas anteriormente tratados, como el racismo, en este caso el racismo en red.

[P.D.] *¿Qué nuevos proyectos tienes de investigación ahora que te has jubilado?*

[N.M.] No termino de organizarme. Son muchas cosas que quisiera hacer. Tengo que poner orden y establecer prioridades. No tengo clara una manera en que los temas que tendría que abordar encajan con lo que está pasando en el país y en el mundo. He elaborado un manuscrito. Su título provisional es «El futuro ya no es lo que era». Es una reflexión sobre lo que considero es la expansión de una tercera fase en el desarrollo del capitalismo. Es la constatación, primero, de que esta sociedad sigue siendo capitalista, profundamente capitalista. La lógica de la acumulación, la productividad como principio organizador de la sociedad, etc., siguen siendo profundamente capitalistas. Pero es un capitalismo distinto al de las dos fases anteriores, la mercantil y la industrial. Esta tercera fase (el nombre que mejor la define, creo, que es sociedad informacional, capitalismo informacional) tiene elementos de continuidad con las etapas anteriores, pero tiene también una serie de rasgos nuevos y es sobre eso que estoy trabajando, tratando de aportar al menos algunas preguntas pertinentes. No se ha expandido aún suficientemente esta realidad, no ha cristalizado, como para poder analizarla y tener las respuestas, pero creo que unas buenas preguntas ayudarían a avanzar.